

"El duelo ante la muerte"

In memoriam Dr. Antonio Beristain Ipiña

Muy estimado amigo y colega

Para expresar la solidaridad en el luto por la muerte de un ser querido, muchas veces es más elocuente la callada presencia, presencia en el mundo del misterio, como diría Gabriel Marcel. Una base sólida para comenzar a elaborar el duelo es recordar que todo lo que tenemos en la vida son bienes prestados, incluida la vida de nuestros seres queridos y nuestra propia vida. Tarde o temprano todo lo tenemos que dejar, de todo nos tenemos que desprender. A la postre debemos llorar nuestras pérdidas. "El duelo refleja nuestra riqueza".

El que sufre los sentimientos del duelo padece de algún modo la tristeza de la soledad, y del aislamiento. De aquí surge la necesidad de la fuerza del espíritu, de fomentar la presencia espiritual, que no consiste en estar en frente de, junto a, o a lado de, sino en estar con, o mejor aún en ser con.

Para superar el dolor hay que mirar hacia delante. La mirada hacia atrás sólo debe servir para aprender de las experiencias, para curar las heridas y para agradecer los bienes que recibimos en préstamo.

Ciertamente no puede faltar en el duelo la rememoración: el recuerdo del pasado común, el asumir, como proyecto de vida, lo mejor y más positivo de los ideales de nuestro ser querido difunto, como una valiosa herencia espiritual.

Recordemos que todo dolor y toda muerte, como situación límite, nos invita a profundizar nuestra existencia, a ponderar nuestra fragilidad, y además a abrirnos a la Trascendencia, al llamado a una vida más auténtica.

La aceptación de la muerte del otro nos lleva a integrar la propia fragilidad y vulnerabilidad. A esto nos ayuda la imagen del curador herido que encontramos en el mito y en las religiones: de la oscuridad del sufrimiento brota la luz de la curación. Esta es la imagen de Esculapio el padre de la medicina, y en el segundo Isaías la imagen del siervo sufriente: "a causa de sus llagas hemos sido curados... por la fatiga de su alma verán la luz". De la fragilidad del ser humano brota la comprensión, la participación y la compasión. Es la fragilidad de la belleza y la belleza de la fragilidad.

A las anteriores reflexiones se puede añadir, en el creyente la fuerza de la fe. Una escritora francesa Marie Perrin nos transmite su experiencia a este respecto: "la muerte me parece siempre absurda e indignante, porque ella da en apariencia una prueba de la victoria del mal, de la nada. Yo no puedo dar sentido a mi propia muerte, sino gracias a la fe que he recibido... Con el tiempo, se dice, la ausencia se cambia en recuerdo... la ausencia debe ser significativa, de otro modo la relación se instaura sobre una mentira. Esta relación social posterior al duelo es difícil, porque ella exige de cada uno humildad e indulgencia... Con el tiempo sólo queda el recuerdo. No, la ausencia permanece, pero el sufrimiento ligado a ella desaparece... No comprendía cómo la Iglesia había podido retener como símbolo del reconocimiento de los cristianos a un hombre crucificado en la cruz. Hoy mi reacción delante de este crucifijo es menos viva, pero permanece esta idea: el Cristo, Cristo marcado por su sufrimiento, pero aplastando las fuerzas de la muerte, está más inclinado a consolar a aquellos que sufren".

Lo anterior lo plasma perfectamente la psicóloga humanista Elisabeth Lukas, para ella el periodo de duelo es comparable al esfuerzo que el gusano de seda realiza para liberarse del capullo y convertirse en mariposa. Unos científicos queriendo ayudar a las crisálidas en su enorme esfuerzo por romper el capullo con sus débiles alas, abrieron desde el exterior los capullos. El resultado fue nefasto: las mariposas comenzaron a hormiguar, pues fueron incapaces de volar y alcanzar el néctar de las flores; todas murieron de inanición. "El periodo de duelo podría ser la metamorfosis, tras la cual conseguimos liberarnos de la fina cáscara de la angustia utilizando las alas del espíritu".

Victor M. Pérez Valera

Profesor emérito de la Universidad Iberoamericana Ciudad de México